



**HAL**  
open science

# LAS CÁRCELES PERUANAS Y SU FICCIONALIZACIÓN

Isabelle Tauzin-Castellanos

► **To cite this version:**

Isabelle Tauzin-Castellanos. LAS CÁRCELES PERUANAS Y SU FICCIONALIZACIÓN. Isabelle TAUZIN CASTELLANOS. Prisons d'Amérique latine: du réel à la métaphore de l'enfermement, Presses Universitaires de Bordeaux, pp.135-170, 2008. halshs-00714655

**HAL Id: halshs-00714655**

**<https://shs.hal.science/halshs-00714655>**

Submitted on 5 Jul 2012

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

**LAS CÁRCELES PERUANAS Y SU FICCIONALIZACIÓN:  
UNA IMAGEN DEL PERÚ CONTEMPORÁNEO**

**Isabelle TAUZIN**

Febrero de 2008  
Université de BORDEAUX  
EA 3656

“Las cárceles y las universidades públicas fueron dos de los espacios prioritarios considerados por las fuerzas armadas como ‘reductos’ subversivos”

*Hatun willakuy*

[Gran relato], Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación

La evocación de las cárceles es un tema recurrente en la literatura peruana. En la cárcel de Trujillo empieza César Vallejo a escribir su más famoso poemario, *Trilce*<sup>1</sup>. Los novelistas Ciro Alegría y José María Arguedas conocieron las negras horas del encierro. En 1984, cuando empezaba a temerse la violencia de Sendero Luminoso, Mario Vargas Llosa recreaba las guerrillas de los años 60s y condenaba al encarcelamiento a su protagonista en *Historia de Mayta*.

El decenio 1982-1992 fue tan terrible para el Perú que primero hizo falta el olvido antes de investigar sobre la historia inmediata. El distanciamiento temporal, quince años de paz desde entonces, permite que lo insoportable se convierta en objeto de estudio. En el trabajo de recuperación del pasado ha desempeñado un papel relevante la Comisión de la Verdad y Reconciliación creada en 2001<sup>2</sup> a semejanza de comisiones de la verdad formadas en Chile y Argentina, así como en El Salvador y Guatemala. El informe final y la exposición de fotos *Yuyanapaq - Para recordar*, correspondientes a la recopilación de 17000 testimonios en 4500 páginas, han sido los reveladores de una tragedia que no se llegaba a percibir desde Lima.

69280 muertos, “estas cifras superan el número de pérdidas humanas sufridas por el Perú en todas las guerras externas y civiles ocurridas en sus 182 años de vida independiente e [...] el 75 por ciento de las víctimas fatales del conflicto armado interno tenían el quechua u otras lenguas nativas como idioma materno”, se lee en el Informe de la CVR<sup>3</sup> (9). La CVR atribuye la responsabilidad del 54% de las víctimas mortales a Sendero Luminoso. El 1,8% es atribuido al Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Queda por deducir que el 44,2% restante había de ser víctima de las fuerzas armadas. Asimismo, el novelista peruano Santiago Roncagliolo observa en *La cuarta espada*, un ensayo publicado en 2007:

La cifra de víctimas supera los peores cálculos de Chile y Argentina sumados, con una diferencia: aquí [en el Perú] los gobiernos que ordenaron la más dura represión eran democráticos. Y las víctimas eran invisibles. No eran intelectuales ni profesores ni periodistas de la capital. Eran nadie, no tenían ni nombre. Los victimarios, por cierto, tampoco<sup>4</sup>.

A partir de esos datos sobre los muertos, el sociólogo Rodrigo Montoya extrapola el número de desaparecidos en 21596 e intenta explicar “por qué hay en el Perú esta extraordinaria capacidad de matar ciudadanos como si no fuesen seres humanos<sup>5</sup>”. Montoya apunta que el líder de Sendero Luminoso:

Abimael Guzmán y sus camaradas de partido son herederos directos de la tradición occidental moderna de hacer política y de obtener el poder a cualquier precio. No hay en su teoría y práctica ningún elemento de la cultura andina quechua, pese a haber tenido militantes de origen quechua<sup>6</sup>.

Tanto la publicación del informe como los escritos posteriores han dado lugar a polémicas sobre la responsabilidad de unos y otros.

El léxico empleado por cada fuente es significativo de una visión histórica. Mientras la CVR habla de “conflicto armado interno”, otros como el escritor Oswaldo Reynoso y los mismos senderistas lo definen como “guerra popular”, arguyendo éste que “en los dos bandos, – las fuerzas armadas del

<sup>1</sup> El encierro de Vallejo en 1920 es el punto de partida de la última novela de González Viaña en busca de aquel tiempo sepultado, con el título de *Vallejo en los infiernos* (Trujillo, 2007, Universidad César Vallejo)

<sup>2</sup> El sociólogo Rodrigo Montoya Rojas ofrece un balance crítico de la labor de la CVR en un artículo titulado “Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación : un doloroso espejo del Perú”, 2004. Recuerda la polémica nacida en momentos del nombramiento de la Comisión con una sobrerrepresentación de la Iglesia Católica pero, al final, reconoce como innegable el aporte de la CVR. Se puede consultar el Informe final de la CVR a partir del enlace :

<http://www.cverdad.org.pr/ifinal/index.php>

<sup>3</sup> *Hatun willakuy: versión abreviada del Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*. Perú, Lima, Comisión de Entrega de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, 2004, 9.

<sup>4</sup> Roncagliolo, Santiago, *La cuarta espada*, Barcelona, 2007, Debate, 214.

<sup>5</sup> Montoya, Rodrigo, “Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación : un doloroso espejo del Perú”, 11,

<http://cholonautas.edu.pe/memoria/lasamontoya.pdf>

<sup>6</sup> *Ibid.* 15.

viejo Estado peruano y el PCP<sup>7</sup> – la característica de los combatientes fue su condición de ‘pobres’<sup>8</sup>, otros autores como Miguel Gutiérrez hablan de “guerra interna” y procuran definir “la narrativa de la guerra”. Los senderistas – “camaradas” y “miembros del PCP-SL” o “subversivos”, “terrucos”, en suma, “terroristas” – han luchado a lo largo de su encarcelamiento para recibir el apelativo de “presos políticos” y luego “prisioneros de guerra”, categorías que el Estado peruano no ha llegado a aceptar. Pero, por otro lado, a muchos peruanos les incomoda la palabra “preso” de modo que prefieren recurrir a eufemismos como “recluso” e “interno”.

El tiempo del olvido permite que todos reescriban la historia y que aquellos que querían “inducir el Estado al genocidio” se transformen en víctimas inermes<sup>9</sup>. El manejo de la más amplia información y la discriminación de las fuentes son necesarios para el acercamiento más certero a la realidad carcelaria y a su ficcionalización. Éstas son las dos líneas directrices que van a guiar mi reflexión, en el presente ensayo, destinado a completar la labor científica del equipo bordelés ERSAL sobre la temática transdisciplinar del encierro carcelario.

## 1. GEOGRAFÍA CARCELARIA

Más del 40% de muertos y desaparecidos del conflicto interno vivían en el departamento andino de Ayacucho. La geografía carcelaria es variada, con penales diseminados a lo largo del territorio peruano. Algunos fueron lugares de motines o de encierro con especial relevancia. Son los que recordaremos aquí, sin la exhaustividad de los espacios de reclusión que brinda el Informe de la CVR en el apartado dedicado a las cárceles (tomo 5, 2.22).

### Ayacucho

La Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga fue el lugar de nacimiento de Sendero Luminoso. Muchos universitarios recibieron la enseñanza de Abimael Guzmán, profesor de filosofía de esa universidad y fundador de SL. Una de las primeras acciones en que se tomó conciencia de la expansión y fuerza de ese movimiento maoísta que se reivindicaba como seguidor de Pol Pot, fue la toma de la cárcel de Ayacucho el dos de marzo de 1982, después de un primer intento fallido pocos días antes. El segundo asalto formaba parte de un proyecto de fuga de alcance nacional. Iniciado en plena noche, el ataque en Ayacucho fue una operación coordinada que concluyó en pocas horas con la liberación de 78 senderistas y 168 presos comunes. Se armó primero un escándalo porque el ejército se quedó esperando la orden de intervenir desde un cuartel de las afueras y también porque algunos policías fueron a asesinar a los presos heridos en el hospital. El informe de la Comisión de la Verdad y de la Reconciliación resalta “que en esta temprana etapa del conflicto, Sendero aún mostraba algún interés en sus integrantes presos, a los que luego no vacilaría en utilizar en acciones de provocación<sup>10</sup>”. Una consecuencia del asalto fue la decisión de reorganizar los penales y reubicar a los presos senderistas. El hecho será novelado por ejemplo en *Rosa Cuchillo*, una novela dedicada a los campesinos ayacuchanos entre dos fuegos.

### El Sexto

En la novela publicada en 1961 y a la que tituló *El Sexto*, José María Arguedas había representado la vida de los presos, especialmente el abismo moral que separaba a los *políticos* de los *comunes* en la cárcel ubicada en el centro de Lima y que llevaba ese nombre. La acción de la novela se situaba a finales de los 30s y coincidía con la experiencia sufrida por el autor encarcelado ocho meses. La ficcionalización de la vida en la cárcel popularizada en esa obra que sigue siendo la más difundida del escritor, tal vez influyera en la disciplina férrea que llegaron a imponer los senderistas. A ello se

<sup>7</sup> Los miembros de Sendero Luminoso reivindican como suyo el Partido Comunista del Perú, escindido a lo largo desde los 60s en varias fracciones.

<sup>8</sup> Véase el artículo de Mauricio Quiroz Torres, “La violencia política en la crítica literaria peruana”, 6 de enero de 2007. La publicación se hizo en *El diario internacional*, revista electrónica cuyo director es el líder senderista radicado en los Países Bajos, Luis Arce Borja. .

<sup>9</sup> Contra esa estrategia de una reinención de la historia escribe el historiador José Luis Rénique *La voluntad carcelaria*, un libro clave dedicado al rol de las cárceles y a la instrumentalización del espacio carcelario como espacio comunitario por los senderistas.

<sup>10</sup><http://www.cverdad.org.pe/ifinal/pdf/TOMO%20VII/Casos%20Ilustrativos-UIE/2.1.%20HOSPITAL%20BASE%20AYACUCHO.pdf>, p. 16.

suman los testimonios orales y escritos de militantes apristas difundidos a lo largo de cincuenta años<sup>11</sup>. La organización a la que habían llegado los presos apristas en los penales era conocida además por los senderistas.

El cierre de El Sexto, anunciado a lo largo de los años no se produjo en forma definitiva hasta marzo de 1984, cuando tuvo lugar un motín que la población vivió en directo por la presencia de las cámaras de televisión. Los presos se convirtieron en actores de la pieza que representaban presionando con ello a la opinión pública hechizada por la pequeña pantalla. El desenlace fue de 22 muertos. El armamento empleado por los amotinados (dinamita, revólveres y cuchillos) fue estimado entre 20 y 30 millones de soles, cantidad que sólo podía pagar el “rey del penal” que gozaba de un régimen de favor, con una celda aislada del resto y vida apacible. Años más tarde, el poeta José Watanabe participó en *Reportaje a la muerte*, una película inspirada en el amotinamiento de El Sexto, con énfasis en la influencia corruptora de las transmisiones en directo y la espiral de la violencia.

### **El Frontón**

Como consecuencia del asalto a la cárcel de Ayacucho, el gobierno de Fernando Belaunde decidió reabrir el penal de El Frontón cerrado en los 70s por vetusto e insalubre. El apartamiento de ese islote yermo, a unos kilómetros de las playas del Callao y rodeado por las aguas frías del Pacífico, le había asignado el destino de presidio a principios del siglo XX. Era un lugar de siniestra memoria; su peculiaridad eran las celdas de castigo inundadas por la marea. En los 30s y más adelante, allí habían sido detenidos apristas y comunistas.

Un edificio, denominado en adelante el Pabellón Azul, fue construido para recibir a los senderistas. A finales del 82, a los pocos meses de remodelado, el número de reclusos ya ascendía a unos 480. Un periodista, Gustavo Gorriti<sup>12</sup>, pudo visitar El Frontón y dio cuenta de cómo los presos estaban imponiendo su orden: como en la novela de Arguedas, “cantaron cerca de una hora un coro preciso y solemne<sup>13</sup>”. Ante la ineficiencia de la administración penitenciaria dotada del presupuesto más exiguo del Estado, los presos se repartían y preparaban lo que les traían las visitas. Instituyeron una organización paralela, o mejor dicho por encima de la administración penitenciaria, incompetente para atender sus demandas y que terminó por quedar fuera, incapaz de acceder a parte del penal. Los investigadores de una comisión parlamentaria apuntaron luego cómo se había llegado a perder el control de las cárceles en los detalles más nimios de la vida cotidiana:

Desde la ingestión de alimentos a la lectura de revistas y periódicos e incluso a la recepción de cartas, todo se hallaba regimentado por el colectivo. Se podía llegar al castigo corporal de aquellos que no cumplieran satisfactoriamente las decisiones del partido. Esta actitud se acentuaba en la relación con los disidentes, quienes eran hostigados incluso físicamente<sup>14</sup>.

Aquellos espacios de encierro se convertían en espacios de libertad, escuelas de la subversión o, retomando la metáfora guerrera inventada por los líderes del movimiento, pasaron a ser las “luminosas trincheras de combate” (LTC).

Según el informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación :

los internos del Pabellón Azul se habían preparado con meses de anticipación para un enfrentamiento armado con las fuerzas del orden. Esta preparación consistió en el reforzamiento de las paredes del pabellón; la construcción de un refugio a manera de sótano y pasadizos en todo el contorno por debajo de la losa de concreto del primer piso, así como túneles por fuera del perímetro del pabellón; y, el reforzamiento de las puertas de ingreso con planchas metálicas y piedras. Asimismo, la elaboración de chalecos “blindados” con piedras y armas artesanales como lanzas, flechas, dardos y lanzallamas rudimentarios, así como bombas “molotov” y artefactos explosivos caseros –los llamados “quesos rusos”–, entre otros. Adicionalmente, los internos contaban con una abundante provisión de agua, alimentos y medicinas<sup>15</sup>.

<sup>11</sup> José Luis Rénique señala esa vinculación con numerosas referencias bibliográficas en el epílogo de *La voluntad encarcelada*, Lima, IEP, 2003.

<sup>12</sup> Gustavo Gorriti se convirtió en uno de los expertos sobre Sendero. Sus investigaciones lo llevaron al exilio antes del reconocimiento internacional de su labor como periodista (premio Rey de España).

<sup>13</sup> Citado por José Luis Rénique, “La voluntad encarcelada. Las luminosas trincheras de combate de Sendero Luminoso del Perú”. Presentado en la reunión de LASA de 2003 en Dallas, documento PDF, 10.

<http://www.uoregon.edu/~caguirre/renique.pdf>

<sup>14</sup> R. Ames y otros, *Informe al Congreso sobre los sucesos de los penales*, Lima, 1988. Citado por José Luis Rénique, art. cit., 13.

<sup>15</sup> Informe de la CVR, “2.67. Las ejecuciones extrajudiciales del penal de El Frontón y El Lurigancho (1986)”, 741-742.

<http://www.cverdad.org.pe/ifinal/pdf/TOMO%20VII/Casos%20Ilustrativos-UIE/2.67.FRONTON%20Y%20LURIGANCHO.pdf>

Tal situación llevó a la serie de motines que culminó en junio de 1986 con la intervención de la Marina y la muerte de más de un centenar de reclusos en un amotinamiento coordinado entre los distintos penales de Lima. Al poco tiempo, el narrador Dante Castro noveló la represión del motín en un cuento titulado “Ángel de la isla” que evocaremos más adelante, junto con otras ficcionalizaciones. La película *Alias la gringa* dirigida por Alberto Durant y con guión de José Watanabé reconstruyó el motín de El Frontón<sup>16</sup>.

### **San Pedro de Lurigancho**

El penal de San Pedro fue construido en Lurigancho, un distrito pobre de las afueras de Lima. En 1964 se preveía que acogiera a 1800 reclusos. A comienzos de los 80 albergaba a más de 6000. El hacinamiento se sigue comprobando con más de 8000 presos en la actualidad.

En los 80s la Guardia Republicana estaba encargada del mantenimiento del orden, pero en la cárcel misma los propios presos lo organizaban todo. La descripción de las condiciones de vida en ese penal fue hecha por José Luis Pérez Guadalupe en *La construcción social de la realidad carcelaria*, una tesis doctoral dedicada a las cárceles del Perú, Bolivia, Chile, Argentina y Brasil. Este sociólogo peruano que hacía a la vez de agente pastoral en Lurigancho, llevó a cabo una investigación a lo largo de 5 años (1987-1992) con entrevistas a los presos. Apunta el estado de total anomia observado en momentos de la investigación. La administración penitenciaria asigna los alimentos por número de reclusos en sendos pabellones y luego los internos hacen el reparto de forma desigual, según las reglas que ellos mismos deciden.

Los pabellones de Lurigancho son edificios de tres pisos; los más antiguos divididos en ocho cuadras de 20 m<sup>2</sup> por piso, donde los presos dividen el espacio vital en “carretajes” mediante frazadas; los pabellones más recientes cuentan 48 celdas por piso, con un espacio de 3 m<sup>2</sup> para un mínimo de dos internos; en los pabellones de castigo, las celdas son más pequeñas y sin ventanas.

Cada pabellón está dominado por un barrio, ya que, en el penal, los internos se agrupan según su lugar de origen. Por pabellón eligen un delegado general, el más instruido, que cumple así el rol de autoridad administrativa ante la dirección del penal. Pero el verdadero poder está en manos de un “taita”, el jefe oculto del edificio. Al delegado general del pabellón lo ayudan otros delegados con cargos peculiares (alimento, disciplina, derecho, mantenimiento, salud...) y que coordinan todos los aspectos de la vida de los presos mediante el pago con “pasta”, o sea pasta básica de cocaína, la moneda informal circulante entre los presos comunes de San Pedro como de los demás penales del Perú.

Toda la historia de la cárcel de Lurigancho desde los 80s hasta la actualidad es la de una sucesión de motines. Los que tuvieron más relevancia fueron aquellos coordinados por los senderistas en las mismas fechas. La geografía carcelaria que ubicaba a los presos según su distrito o barrio de procedencia no coincidía con el logro de aquéllos de vivir separados de los delincuentes comunes, organizar una vida al interior de la cárcel y obtener el reconocimiento de “presos especiales”.

Los senderistas querían oponerse a todo trance a cualquier traslado y separación. Entre sus demandas estaban el derecho a administrar el dinero asignado por el Estado para la alimentación y el aumento de ese presupuesto. Estas peticiones de mejoras y el propósito de evitar una requisita de armas fueron causas de los motines de 1985 y 1986. El 4 de octubre de 1985 murieron 32 acusados de terrorismo en Lurigancho, a los que exaltó en adelante Abimael Guzmán. Proclamó el “Día del Prisionero Político” y planteó que sus partidarios eran “prisioneros de guerra”, heroicas víctimas de “genocidio” en la “guerra popular” que enfrentaba a los pobres del Perú con el “reaccionario gobierno aprista”. De hecho, como lo mostraron las fotos del pabellón derruido, la Guardia Republicana no se contentó con restablecer el orden sino que incendió el pabellón donde estaban los presos, para borrar las huellas de los sucesos.

La espiral de la violencia continuó en junio de 1986, cuando se dieron motines simultáneos en El Frontón, Lurigancho y el penal de mujeres, Santa Bárbara, en momentos que debían de ser apoteósicos para el Presidente de la República, Alan García. Había conseguido que se reuniera en Lima por primera vez a la Internacional Socialista, con jefes de gobiernos y líderes del mundo entero. Entonces, las matanzas de los penales causaron más de 200 víctimas. La Comisión de la Verdad y Reconciliación concluye en su informe que

<sup>16</sup> Agradezco a Cecilia Moreano por haberme señalado esta película.

se sobredimensionó el peligro y las posibilidades de resistencia armada de los internos, así como la repercusión de los motines hacia el exterior de los penales. Los comunicados oficiales difundieron información falsa acerca de estos aspectos y crearon una atmósfera de zozobra e inseguridad que no correspondía a la realidad. De acuerdo con la opinión de los propios jefes militares involucrados, los motines suscitados no habrían constituido un grave peligro para la seguridad y el orden interno desde el punto de vista militar<sup>17</sup>.

**La Comisión denuncia las ejecuciones extrajudiciales ocurridas en Lurigancho después de la debelación del motín:**

En el exterior del pabellón, a la salida de más de un centenar de internos rendidos, un contingente de la Guardia Republicana al mando del Coronel GRP Rolando Cabezas Alarcón procedió a ejecutarlos en una explanada cercana [...]. La muerte de las víctimas se produjo cuando se hallaban bajo la custodia de los miembros de la Guardia Republicana, en circunstancias que les resultaba imposible defenderse o resistir y que no constituían en modo alguno amenaza a la vida o la integridad de los citados efectivos policiales<sup>18</sup>.

**En el penal de El Frontón el enfrentamiento duró un día más. La Marina encargada de restablecer el orden en la isla, cometió los mismos asesinatos, previa designación de los dirigentes senderistas:**

La muerte de las víctimas se produjo cuando se hallaban bajo la custodia de los miembros de la Marina de Guerra, en circunstancias que les resultaba imposible defenderse o resistir y que no constituían en modo alguno amenaza a la vida o la integridad de los citados efectivos militares.

Luego de producidas las ejecuciones y de introducir los cadáveres en el sótano del Pabellón Azul, miembros de la Marina de Guerra procedieron a demoler el edificio mediante cargas explosivas<sup>19</sup>.

Los sobrevivientes fueron trasladados a otro penal, el de Canto Grande. El líder de Sendero Luminoso exaltó en adelante el Día de la Heroicidad que reemplazó el Día del Prisionero Político. Los mártires habían demostrado por su sacrificio la falacia de la democracia regentada por el partido aprista.

### **Canto Grande**

Inaugurado en enero de 1986, el penal de Canto Grande o Castro Castro había de ser una cárcel de alta seguridad en la que todo estaría bajo control. Pero los equipos eléctricos previstos no fueron instalados por falta de dinero y corrupción; las rejas eléctricas y detectores de metales fueron reemplazados por policías. Evitar el traslado a Canto Grande fue uno de los motivos de los amotinamientos de junio de 1986. Como lo ha apuntado el historiador José Luis Rénique, quien lo visitó en 1988, ese penal se convirtió en “vitrina de la revolución triunfante”. Rénique describe Canto Grande:

Unos cuatro minutos toma recorrer a través de una especie de tierra de nadie flanqueada por elevados cercos camino a la rotonda o patio central. Deambulan a ambos lados algunos cuantos internos, casi en harapos, con aspecto alucinado [...] Cada pabellón en que el máximo de las instalaciones puede ser observado desde un punto central<sup>20</sup>.

**El estado de abandono del conjunto contrasta con la organización y limpieza de la nueva “luminosa trinchera de combate” en el pabellón asignado a los senderistas:**

Un oasis en la apabullante suciedad circundante. Deportes y artes marciales son arte de la rutina diaria tanto como el entrenamiento militar y la capacitación política [...] Dentro del edificio, citas de Mao cubren todas las paredes<sup>21</sup>.

El intento de acallar a Sendero Luminoso ha fracasado del todo y los presos muestran al contrario su capacidad de organizarse invirtiendo el desorden en orden a su favor. Controlan las entradas y se oponen al ingreso de reclusos sobre quienes no tienen información. Al recién llegado se le hacen preguntas y “es sometido a un período de discusión y esclarecimiento ideológico”; se analiza “su estilo de argumentar y hasta las palabras que utiliza” (*ibid*). Un antiguo preso recuerda el horario que hacía más llevadero el encierro:

Desde el amanecer estaba programado todo. Por turnos los presos practicaban deportes, cocinaban, enseñaban o aprendían a leer, escribir y todo lo que pudieran. Igualmente se participaba en actividades culturales y por supuesto todos éramos adoctrinados [...] . Todos los días se daba a conocer el pensamiento del día<sup>22</sup>.

El pabellón 4B se convierte así en universidad popular y taller industrial. El recluso que no se conforma con las reglas es expulsado y enviado con los presos comunes. Los senderistas han llegado a

<sup>17</sup> <http://www.cverdad.org.pe/ifinal/pdf/TOMO%20VII/Casos%20Ilustrativos-UIE/2.67.FRONTON%20Y%20LURIGANCHO.pdf> , 747.

<sup>18</sup> *Ibid*, 755.

<sup>19</sup> *Ibid*, 763.

<sup>20</sup> Rénique, José Luis, “La voluntad encarcelada. Las luminosas trincheras de combate de Sendero Luminoso en el Perú”, presentado en LASA, 2003, Dallas, 18, <http://www.uoregon.edu/~caguire/renique.pdf>

<sup>21</sup> *Ibid*, 20.

<sup>22</sup> Testimonio de Mario Vilcara citado por Vicky Peláez “Morir en Canto Grande”, recopilado por José Luis Rénique, *art. cit.*, 21.

configurar una micro-sociedad independiente, capaz de producir pan y venderlo a todos, incluidos los empleados de la cárcel y los policías. Además de autoalimentarse, fabrican productos artesanales que las visitas venden luego. Después de destruir los candados de forma sistemática a sabiendas de que el Estado no tiene medios para comprar otros y sólo asigna diez centavos de dólar por preso, los reclusos instalan otras cerraduras de modo que la policía no puede entrar sin su permiso. “Luego venía la ampliación de los espacios que incluía remodelación para adaptar el local a las actividades que desenvolvíamos”, refiere uno de los cuadros senderistas<sup>23</sup>. Ese grado de organización y resistencia se hace insoportable para los peruanos cuando descubren en las pantallas de televisión imágenes de las reclusas<sup>24</sup> desfilando como en la China popular en pleno penal, vestidas con impecables uniformes maoístas y coreando con toda tranquilidad lemas a la gloria de su líder.

La incompetencia del Estado es flagrante, tanto más cuanto que 47 presos, miembros del MRTA, se han dado a la fuga en 1990, gracias a un túnel de más de trescientos metros construido desde fuera del penal. El 5 de abril de 1992, el presidente Fujimori, electo dos años atrás decide disolver el Parlamento y reorganizar el poder judicial. No hay protestas de la población; el Parlamento aparece como una maquinaria incompetente frente al desafío de la violencia senderista que parece cercar Lima y estar a punto de dar la batalla final.

A los pocos días de la disolución del Congreso, el ejército y la policía toman el mando en los penales de Canto Grande y Lurigancho, el Instituto Nacional Penitenciario está reorganizado. En menos de un mes se decide la operación “Mudanza uno”, o sea el traslado de cien mujeres a otra cárcel, Santa Mónica en Chorrillos. El traslado responde a la voluntad de desarticular las “luminosas trincheras de las cárceles”, conocidas ya como escuelas nacionales de la subversión. Empezar trasladando a las mujeres se explica por dos razones: ha de ser fácil el operativo, dado el número limitado de reclusas, y queda en las mentes la filmación de la organización en las LTC, igual a las movilizaciones de la revolución china.

La intervención del penal iniciada el 6 de mayo va a durar varios días. Después de la rendición de los reclusos, son eliminados todos los líderes identificados como tales. De esa forma, en 1992 se repite el esquema de 1986, con la diferencia de que la opinión pública, hastiada de la guerra que alcanza ahora la capital, no se moviliza a favor de los internos. Según José Luis Rénique, “como en otras confrontaciones, la táctica senderista era obligar al adversario a negociar por la vía de colocarlo ante la necesidad de perpetrar un nuevo *genocidio* para triunfar<sup>25</sup>”.

Las fotos del amotinamiento muestran que, desde lo alto de los muros del penal, los militares apuntan a centenares de presos tendidos en el suelo a los que se va a mantener durante tres días sin comer ni beber, en condiciones infrahumanas. En la mente de los altos mandos, la masacre de Canto Grande había de conllevar el fin de las “luminosas trincheras”.

Como anteriormente, difieren las versiones sobre las circunstancias y los sucesos de Canto Grande. Pero, desde 1992, en estos quince años, no han hecho sino repetirse motines y debelaciones. El esfuerzo por separar a los reclusos políticos parece condenado inexorablemente al fracaso ante la voluntad y capacidad de éstos de reorganizarse, manifiesta incluso en los primeros momentos posteriores a la destrucción de los pabellones de Canto Grande. Uno de los presos, Mario Vilcara, refiere :

A los cuatro días de estar tendidos ya casi desfalleciendo de hambre, sed y por el frío, a eso de las tres de la mañana llegaron los presos comunes trayendo una gran olla de sopa. Después de ese día ya pudimos sentarnos, luego paramos y más adelante organizarnos para cavar una fosa donde realizar las necesidades. [...] Tardé tres años más en prisión, llevado a la reconstruida Canto Grande fui encerrado en las tristemente famosas “celdas tumba” de Fujimori, donde no se sabía si era de día o de noche. [...] Allí sobreviví también. A los días de llegar, sin nada que hacer ni leer –todo estaba prohibido–, cuando estaba preparado a morir, escuché mi nombre a través de la tubería, alguien desde algún lado enviaba a todos los presos *el pensamiento del día*. La sobrevivencia también funcionaba allí y por esa pequeña comunicación se programaba el trabajo diario<sup>26</sup>.

<sup>23</sup> *Ibid*, 22.

<sup>24</sup> Estas imágenes aparecen en el documental *State of fear* de P. Kinoy, P. Yates y Paco de Onís (2005) que presenta la labor de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, reconstruyendo aquellos años trágicos. José Luis Rénique reseña la película en “Estado de miedo : la verdad en la pantalla” ([www.ncsu.edu/project/acontracorriente](http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente), vol. 3, n°3, 2006, 77-85)

<sup>25</sup> Rénique, José Luis, “La voluntad encarcelada”, ed. cit., 25.

<sup>26</sup> Vicky Peláez, “Morir en Canto Grande”, *Almacén*, <http://www.librodenotas.com/almacen/Archivos/001477.html>



## Yanamayo y Challapalca

Para acabar con la resistencia de Sendero Luminoso, en el altiplano peruano, se abrieron nuevos penales. Eran verdaderos gulags ubicados a 4000 metros de altura, en los que el frío helado era un arma invisible para acabar de forma sigilosa con los reclusos. Además estaban encerrados en espacios mínimos, desprovistos de luz y privados de actividad colectiva. El ruido emitido por altoparlantes servía para obstaculizar la comunicación entre los internos, a lo cual contestaron con otra bulla infernal en las horas de tregua, y, a fuerza de ingenio, hallaron nuevas formas de lucha colectiva:

Desde el confinamiento en la celda, comenzaron las partidas colectivas de ajedrez y los teatros-ventana, en que, varias veces al día, como su nombre lo indica, a través de las ventanas, que dan al patio del pabellón, se realizaban actuaciones para quienes hacían uso de su media hora diaria bajo el sol<sup>27</sup>,

La tolerancia y la convivencia reemplazaron el castigo para los presos partidarios de un acuerdo después de la detención de Abimael Guzmán en septiembre de 1992 y su llamado a la paz desde la cárcel que se construyó para él en la Base Naval del Callao. La falta de medios y el aislamiento llevaron a un equilibrio de fuerzas; se volvió a una discreta coexistencia de la cárcel:

[las autoridades] ya no tenían control real de los propios pabellones, sino de las salidas, pero eso era una situación formal, en realidad faltaba poco para traerse abajo el penal, porque con unos cuantos golpes se derribaba eso. Pero nosotros no estábamos interesados en llegar ahí”, recuerda uno de los dirigentes<sup>28</sup>.

La Comisión de la Verdad y Reconciliación visitó el penal de Yanamayo en 2002. A modo de ejemplo del extraño orden reinante, con el visto bueno del director, los presos fueron los que se encargaron tanto de la seguridad de los visitantes como de la grabación de las entrevistas. Los internos expusieron sus testimonios escritos con antelación ante la Comisión, cuya legitimidad cuestionaban porque no incluía a representantes de su bando.

Además de los senderistas, los militares y los jefes de Estado que habían gobernado emitieron muchas reservas sobre la comisión. Aquellas investigaciones devinieron en molestias conforme se acercaba el momento de la entrega del informe final, después de dos años de trabajo por todo el Perú. Finalmente, el Presidente Toledo pidió perdón públicamente en nombre del Estado a las víctimas, pero las reparaciones individuales quedaron denegadas. El sociólogo Rodrigo Montoya, muy crítico en un principio, concluye acerca del Informe de la CVR:

A pesar de sus debilidades, errores y vacíos, prácticamente inevitables en un encargo de tal envergadura, el trabajo de la CVR debe ser respaldado. Sería lamentable que en nombre de algunas discrepancias, por importantes que éstas sean, me sitúe del mismo lado de las fuerzas armadas y casi la totalidad de la clase política que rechazan ese informe para no asumir sus responsabilidades y seguir actuando impunemente<sup>29</sup>.

Entre otras consecuencias del informe, los penales del altiplano fueron cerrados y los presos trasladados a otras cárceles, más próximas a su tierra de origen. Hubo una toma de conciencia de la guerra silenciosa que había ocurrido lejos de la capital, a raíz también de la exposición de fotos testimonios de la CVR. De una literatura clandestina y de combate se ha pasado a una ola de escritos sobre la violencia política que ficcionalizan la realidad. El novelista Miguel Gutiérrez, uno de los patriarcas de la literatura peruana, ha relacionado ese fenómeno con el auge de la narrativa de la guerra civil en la España contemporánea; con objetividad comenta:

A mí no me cabe la menor duda que la gran novela sobre esta terrible guerra, sobre este tiempo de dolor, tardará algunos años y aun décadas para concebirse. Con todo, resulta estimulante que los escritores más jóvenes –aquellos que eran niños o al borde de la adolescencia– empiecen a hurgar en el pasado reciente como fuente de inspiración, en contra o como alternativa de aquella narrativa del olvido que primó en la década del 90. Por supuesto, el peligro es que la vida en el Perú en las condiciones de guerra interna, debido a la acogida y demanda editoriales del mundo, se convierta sólo en un tema literario, ajeno a todo imperativo humano – histórico, político, moral – que debe inspirar este tipo de literatura<sup>30</sup>.

<sup>27</sup>Entrevista de Osman Morote con José Luis Rénique realizada en junio de 2003, *art. cit.*, 30.

<sup>28</sup> *Ibid.*, 42.

<sup>29</sup> Montoya, Rodrigo, “Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación : un doloroso espejo del Perú”, 2004, 21, <http://cholonautas.edu.pe/memoria/lasamontoya.pdf>

<sup>30</sup> Gutiérrez, Miguel, “Narrativa de la guerra”, Libros y Artes, n° 16-17, Lima, noviembre de 2006, pp. 16-20. En <http://zonadenoticias.blogspot.com/2006/12/narrativa-de-la-guerra-1980-2006.html>, 8 (12 p.)

## 2. FICCIONALIZANDO LAS CÁRCELES

En 1986 empezaron a salir cuentos y novelas relacionados con la violencia senderista. Entre 1986 y 1999 se publicaron unas treinta novelas y numerosísimos cuentos, obras de más de sesenta autores<sup>31</sup>. Santiago Roncagliolo, representante de los escritores nacidos en los 70s, confirma la distancia entre la literatura que se escribía en Lima y en provincia:

Entre los escritores limeños de mi edad, el tema de moda era la cocaína [...]. En la sierra se escribía sobre la violencia política, pero en Lima nos daba igual. Ni siquiera se reseñaban esos libros en los diarios. No figuraban en los escaparates<sup>32</sup>.

Y también han nacido una literatura y un arte carcelarios, obra de los presos que llega a difundirse más que todo por internet. El incremento exponencial de las ficciones sobre la violencia en el Perú ha dado lugar a polémicas y enjuiciamientos de unos por otros, entre catones e incrédulos, escritores andinos y partidarios de la novela total. El encuentro de narradores peruanos celebrado en Madrid en 2005 resultó uno de los momentos más flagrantes de ese enfrentamiento cuya historia puede leerse en la página web dedicada al evento<sup>33</sup>.

### **Rosa Cuchillo (1997)**

Una de las primeras novelas que trató de la guerra interna en el Perú fue *Rosa Cuchillo*. Recibió una muy buena acogida de la crítica con el Premio de Novela de la Universidad Nacional Federico Villareal en 1997. El autor, Oscar Colchado Lucio, lleva al lector urbano a la región de Ayacucho, con la protagonista epónima. Rosa Wanka cuenta que ha recibido el apodo de “Rosa Cuchillo” por el arma que acostumbraba usar para defenderse de los galanes. Sólo cedió a los avances del dios montaña, el wamani Pedro Orcco, que se le apareció en una noche de tormenta con forma humana. De tal unión nació Liborio, alistado en las filas senderistas.

La humilde pastora acaba de morir de pena y, en el tránsito al mundo de los muertos, dialoga con aquéllos a los que encuentra en su camino y que fueron víctimas del conflicto. De inmediato la novela causa extrañeza ya que estamos obligados a entrar en un imaginario cultural diferente con marcas lingüísticas quechuas. Alterna el presente con los recuerdos de Rosa e instantáneas de Liborio. El destino trágico de éste se desvela en las primeras páginas gracias al diálogo de Rosa con su perro muerto, Wayra, que le sirve de guía en esa última etapa de la existencia humana, conforme a la imaginería andina:

– Rosa, ¿y de qué se murió Liborio?

– Lo mataron los tropakuna, Wayra, en la quebrada Balcón, cerca de Minas Canaria<sup>34</sup>.

Los topónimos abundan a lo largo de la novela y, en la memoria colectiva, son suficientes para ubicar la acción en los primeros tiempos de la guerra, en el departamento de Ayacucho<sup>35</sup>. También salen al escenario personajes de la vida real, líderes locales y campesinos victimados a sangre fría en aquellos años terribles.

El protagonista entra en la guerrilla por equivocación, engañado por los senderistas que visten de guardias civiles y fingen detenerlo para llevarlo a la cárcel. Así pone de manifiesto Colchado la enajenación en que están los campesinos, confundidos por símbolos y lenguajes ajenos:

Los uniformados te llevan derecho por una calle donde hay un carro esperándolos [...] Por fin caes en la cuenta. Y comprendes que estás ante guerrilleros. Sí, guerrilleros del Partido Comunista del Perú ‘Sendero Luminoso’<sup>36</sup>.

<sup>31</sup> Datos recopilados por Mark Cox en el artículo redactado en 1999 “Creando y desenmascarando imágenes sobre Sendero Luminoso”.

<sup>32</sup> Roncagliolo, Santiago, *La cuarta espada*, Barcelona, 2007, 61-62

<sup>33</sup> “Primer encuentro de narradores peruanos en Madrid”, *Omnibus*, Madrid, 2005, <http://www.omnibus.com/congreso/debate/indicadedebate.html>

<sup>34</sup> Colchado Lucio, Oscar, *Rosa Cuchillo*, Lima, Universidad Nacional Federico Villareal, 1997, 14. Las notas se refieren a esta primera edición.

<sup>35</sup> En la quebrada Balcón tuvo lugar una de las primeras masacres a manos de la policía. “La Comisión de la Verdad y Reconciliación ha llegado a determinar que en noviembre de 1983, un total de treinta y dos campesinos, entre hombres y mujeres, del distrito de Socos, ubicado a 18 kilómetros de la ciudad de Huamanga en el departamento de Ayacucho, fueron ejecutados arbitrariamente por once miembros de la ex Guardia Civil destacados en el puesto policial del lugar. Si bien las instancias judiciales condenaron a los responsables, no se ha cumplido con la ejecución de la pena de inhabilitación que la resolución impuso y hasta el momento los familiares de las víctimas no han recibido la reparación civil que les fue asignada”, *Informe de la CVR*, tomo 7, 2.7, 53.

<sup>36</sup> *Ibid*, 18-19.

Un hito de la novela es el asalto a la cárcel de Ayacucho, desde los preparativos hasta la huida después del éxito. El relato del hecho de armas se extiende en varias páginas. Liborio se ve a sí mismo y se desdobra tuteándose a lo largo de la narración. Con ello Colchado hace más cercano el personaje y facilita la identificación pese a las distancias etnosociales con los lectores limeños. El discurso político dominante está transcrito primero, tal y cual, con toda su fiereza. La rememoración de Liborio se mimetiza; adopta el léxico militar senderista, tan distante del mundo rural:

Apenas veinte iban a participar en el operativo. Pero eso sí, contarían con gente de apoyo de la misma ciudad [...] . También iban a apoyar la gente de los barrios pobres, ‘compañeros consecuentes y decididos que posteriormente serán incorporados a la lucha’<sup>37</sup>.

Antes del paso a la acción, se enjuicia de forma sumaria a quien se opone al asalto. Al remedar aquella fraseología, el escritor evita la intromisión de algún juicio; no hace falta porque resurge la pesadilla con la simple reproducción de los lemas propagados por todo el Perú en los años 80:

Lucho lanzó una arenga: Compañeros, todos habían dado su compromiso ante el camarada Gonzalo y el Partido, reafirmados en la invencible ideología del marxismo-leninismo-maoísmo-Pensamiento guía, conscientes de que nuestra integración a las guerrillas potenciará la lucha armada. La sangre derramada heroicamente derramará la revolución<sup>38</sup>.

Luego viene la narración pormenorizada del operativo, los torreones y la puerta del penal dinamitados, la matanza de los policías, la liberación desordenada de los presos de una cárcel comparada con un laberinto en medio del humo, griterío y balacera. El protagonista libera a las mujeres que corean por la revolución senderista. Malherido, exhausto, llega a salvarse gracias a la ayuda de un hombre extraño que lo carga en la espalda. Pero nadie aparte de Liborio ha visto tal escena. Colchado pone así de manifiesto el abismo mental que separa al campesino de sus compañeros:

tú llegaste solo, casi arrastrándote, nadie te trajo. Entonces, algo como un temblor te sacude: ¿sería Pedro Orcco? ¿el taita dios montaña? Los demás van entonando una canción revolucionaria<sup>39</sup>

A lo épico se suma lo mágico, en tanto realidad a la que se adhiere del todo el protagonista y que siembra la duda en la mente del lector arrastrado en la representación de un mundo en el que no tiene la menor referencia.

### ***La barca* (2007)**

La lectura mágica del mundo también explica la evasión de la cárcel de El Frontón de la heroína de *La barca*, novela recién publicada por el profesor de literatura Eduardo Huarag<sup>40</sup>. Alejandra, la protagonista ayacuchana, cuadro de Sendero Luminoso, trata de huir del Perú y desaparece una noche, a bordo de una barca que había de llevarla al otro lado del lago Titicaca. Pero probablemente fue una trampa para eliminarla como a los demás pasajeros. La novela pinta la vida cotidiana de los senderistas, los enfrentamientos militares, las huidas, las traiciones, los interrogatorios policiales y los encarcelamientos. Alejandra llega al penal de El Frontón y vive soñando con evadirse. “Un ventarrón intenso” la lleva en medio de la noche y la traslada hasta las alturas de Accos, donde su comunidad sobrevive, colaborando ahora con el comando militar.

Esos dos acercamientos que mezclan la realidad racional y lo maravilloso y representan sendas evasiones de la cárcel, contrastan con la inmersión en el espacio carcelario de otros relatos.

### **“Angel de la isla” (1986-1991)**

El tema de los amotinamientos en los penales de Lima es el núcleo del cuento que Dante Castro Arrasco –Premio Casa de las Américas en 1992– escribió en 1986 después de la represión de junio y que publicó con el título “Angel de la isla” en *Parte de combate* (1991)<sup>41</sup>. El narrador asume el punto de vista de uno de los reclusos de El Frontón ametrallado por los infantes de marina. Herido en la fosa común, trata de salir en “una lucha cuerpo a cuerpo contra todos los muertos dentro de la garganta de la tierra”. El protagonista, Mario, oriundo de Huancavelica, descubre que no está solo en esa antesala de la muerte e intenta salvar a los compañeros que gimen conforme tantea pedazos de cuerpos sangrantes.

<sup>37</sup> *Ibid*, 73.

<sup>38</sup> *Ibid*, 73.

<sup>39</sup> *Ibid*, 77.

<sup>40</sup> Eduardo Huarag, *La Barca*, Lima, San Marcos, 2007.

<sup>41</sup> Castro Arrasco, Dante, “Angel de la isla”, <http://www.angelfire.com/dc/combate/Isla.html>

El relato de Dante Castro enfatiza la barbarie de una represión ciega y la humanidad de los supervivientes. La trinchera luminosa se ha convertido en zanja mortífera de la que el recluso termina por salir. Le ha ayudado el perro del pabellón, igualmente sepultado bajo tierra. Sin truculencia aunque con gran crudeza, la narración resulta convincente. Culmina el patetismo con un último lance. Apenas desenterrados, Mario y el perro son sorprendidos por los soldados. El protagonista aguarda a la muerte, pero Negro es la única víctima. Un atisbo de fe salva al preso de las balas de modo que uno de los infantes de marina lo arrastra gritando:

–Putá que eres huevón, baboso de mierda... ¡Tanto muerto y tú llorando por un perro!... ¡Corre, corre, carajo! ¡A mi paso, Lázaro, a mi paso!

Concluye el relato con esta nota de ironía trágica: “Atrás quedaba la fosa, el cuerpo del Negro tendido de costado y el sol muriendo detrás suyo, más allá de los escombros sobre el mar”.

### ***Abril rojo* (2006)**

Otra representación de la cárcel en medio de una novela es la que ofrece Santiago Roncagliolo en *Abril rojo*. La novela ha sido galardonada en 2006 con el premio Alfaguara, merecido tanto por la construcción narrativa como por la complejidad del tema. Roncagliolo define así la novela:

Siempre quise escribir un thriller, es decir, un policial sangriento con asesinos en serie y crímenes monstruosos. Y encontré los elementos necesarios en la historia de mi país: una zona de guerra, una celebración de la muerte como la Semana Santa, una ciudad poblada de fantasmas.

La acción está situada en momentos de las elecciones presidenciales del 2000, años después de que quedara desarticulado Sendero Luminoso. Una nota del autor al final de la novela hace hincapié en que ha acudido a “citas tomadas de documentos senderistas o de declaraciones de terroristas, funcionarios y miembros de las Fuerzas Armadas del Perú que participaron en el conflicto<sup>42</sup>”.

El protagonista, el fiscal Félix Chacaltana Saldívar intenta dilucidar un crimen atroz ocurrido en Ayacucho. Se enfrenta a una serie de obstáculos; conforme avanza la investigación, aparecen nuevas víctimas mortales. Atando cabos, el fiscal decide entrevistar a un preso, dirigente local de Sendero Luminoso.

A diferencia de las ficciones anteriormente citadas, Roncagliolo no relata una evasión o un motín sino que recrea el ambiente carcelario. El narrador impersonal empieza describiendo el penal de alta seguridad construido en un *no man's land* y que ha reemplazado a la cárcel de Huamanga, lugar de la primera fuga histórica de senderistas.

El lector visualiza de inmediato el espacio con “los muros de diez metros de altura y las torres de vigilancia en sus esquinas<sup>43</sup>”, la descripción se repetirá después de unas páginas con especial énfasis en “la Tierra de Nadie”, “una zona gris y árida de ocho metros de ancho donde todo lo que se moviese tenía orden de recibir bala”. El visitante asume por un instante la visión desesperada de los reclusos:

Al fiscal distrital adjunto Félix Chacaltana Saldívar, la Tierra de Nadie le pareció un primer aviso del infierno. Los presos prendidos de las rejas de los pabellones, sus miradas vacías que no habían visto más que esos muros durante diez años. [...] Para dieciséis presos del pabellón E, condenados a cadena perpetua, ese canchón desértico no era más que la única franja de terreno relativamente libre que verían, sólo para nunca olvidar que no volverían a pisarla<sup>44</sup>.

Antes de la planicie grisácea eternizada por los verbos en imperfecto, fuimos testigos de la agobiadora rutina de los trámites burocráticos. Aunque se ha anotado en el cuaderno de visitas, Chacaltana se entera de que no puede visitar a los presos porque no es día de visitas. Empecinado, sigue avanzando y exige ver a la autoridad administrativa. La narración pone de relieve la kafkiana organización. El Instituto Penitenciario no tiene un solo empleado en el penal; quien manda es un alto oficial de la policía al que se debe pedir permiso por fax, lo que implica regresar a Ayacucho y esperar la respuesta de Lima. La viveza criolla y la prepotencia son las únicas formas de salir del atolladero. El protagonista hace oídos sordos y exige hablar de inmediato con el coronel, amenazando a la vez al policía:

Repentinamente, el policía pareció recuperar la conciencia. Ya no se veía dormido. –¿Perdone? – preguntó sagazmente. – Deme sus datos. Los voy a anotar aquí y le transmitiré al coronel Olazábal su negligencia para apoyar investigaciones ordenadas por la superioridad<sup>45</sup>.

<sup>42</sup> *Abril rojo*, Alfaguara, Madrid, 2006, 329.

<sup>43</sup> *Ibid*, 140.

<sup>44</sup> *Ibid*, 143.

<sup>45</sup> *Ibid*.

Recurre a la misma trampa con el oficial superior, remitiéndole a la autoridad superior del comandante. De inmediato desaparecen todos los obstáculos y Chacaltana conoce por fin al recluso al que busca, “el camarada Alonso”. El interrogatorio se transforma en requisitoria contra el ejército. El preso hace las preguntas y da las respuestas; se precipitan imágenes de horror:

–¿Sabe cómo entrenaba el teniente Cáceres a su gente? Los hacía matar perros y comerse sus intestinos. El soldado que no aceptase, sería tratado como perro<sup>46</sup>.

Chacaltana recuerda enseguida cómo presencié la persecución en helicóptero de un senderista que enarbolaba la bandera roja y fue acribillado desde las alturas. Luego intenta reanudar la investigación pero el reo es el que tiene la sartén por el mango e impone una verdad distinta:

–Hay un reo por repartir propaganda senderista, pero es analfabeto. ¿Inocente o culpable? [...] Otro está preso por arrojar una bomba a un colegio. Pero es retrasado mental. ¿Inocente o culpable? ¿Y los que mataron bajo amenaza de muerte? Según la ley son inocentes. Pero entonces, señor fiscal, todos los somos. Aquí todos matamos bajo amenaza de muerte. De eso se trata la guerra popular<sup>47</sup>.

Termina el interrogatorio con una amenaza velada en forma de sentencia:

– El partido tiene mil ojos y mil oídos –dijo Durango sonriendo con una mirada inexpresiva fija en los ojos del fiscal.  
– Son los ojos y los oídos del pueblo. Es imposible encerrar y matar a todo el pueblo, él siempre está ahí. Como Dios. Recuérdelo<sup>48</sup>.

El protagonista no se desanima y vuelve a la cárcel para tener otra entrevista con el dirigente. Nuevamente la narración cede el paso a una escena teatralizada en que están cara a cara el investigador y el recluso. Es un hito de la novela, en que culminan la tensión y el horror. El reto entre dos fuertes personalidades pasa a ser confesión, en que la ficción y el mito se superponen a la historia principal de la investigación dándole mayor calado. Roncagliolo va a desvelar paulatinamente toda la barbarie de que son víctimas los internos en medio de una unánime indiferencia. Esposado pero aliviado por un cigarrillo, el recluso empieza a hablar. El diálogo se convierte en soliloquio en que expone primero la pérdida del cómputo de los días. Mientras afuera se celebra con jolgorio la Semana Santa, Durango indica que “hace mucho que no cuent[a] el tiempo”. El fiscal desconfía y trata con irrisión a su interlocutor. A lo cual contesta éste recitando palabra por palabra, con tono convencido, un fragmento del evangelio de San Mateo: la visita de Cristo al templo invadido por los mercaderes. Concluye la parábola: “Hay cosas que son universales, fiscal Chacaltana, como la indignación ante las cuevas de ladrones<sup>49</sup>”. El intertexto cobra singular importancia: por remitir a lo sagrado, el nivel emotivo es mayor; se entiende que esa cueva de ladrones es Ayacucho en fiestas y más allá, el país entero en manos de unos pocos políticos y especuladores corruptos. Desde el primer cadáver cremado en el horno de la iglesia y luego abandonado, los símbolos religiosos se van multiplicando en la investigación. Al detective ayacuchano parece que se le abren nuevos caminos para resolver el enigma, pero enseguida vuelven a cerrarse:

–¿Hay algún tipo de relación entre su movimiento y alguna profecía religiosa? ¿El Apocalipsis o ...algo así? Ahora el terrorista soltó una carcajada. [...] – Somos materialistas. Pero supongo que usted ni siquiera sabe lo que es eso<sup>50</sup>.

La negativa induce el lector a alejarse de la pista religiosa, como equivocada. El líder encarcelado relata un cuento de Arguedas, como otro eco de la alegoría cristiana. “El sueño del pongo” es el que un siervo o pongo le refiere a su amo: ambos llegan al cielo y cuando ambos estaban “cubiertos respectivamente de estiércol y miel, [Dios] les dice : ahora lánense mutuamente todo el cuerpo, el uno al otro, hasta dejarse completamente limpios”. La conclusión del cuento interpolado, en boca del dirigente caído, concilia religión y política, sagrado y profano:

Eso debe ser la justicia divina, el lugar donde todo se vuelve al revés, donde los derrotados se vuelven vencedores<sup>51</sup>.

Así se valora otro orden, respaldado por el sentido de la justicia, contrario a la violencia de un encarcelamiento en condiciones inhumanas.

Chacaltana se halla en la situación del cazador cazado; intenta retomar el hilo del interrogatorio y revive el infierno, ese mundo al revés en que han caído los presos, víctimas de torturas de parte de sus guardias. Durango refiere con sumo patetismo qué significa recibir noticias desde fuera cuando se está encarcelado. La posesión de una radio a pilas favorecía la solidaridad entre hombres y mujeres; ofrecía

<sup>46</sup> *Ibid*, 147.

<sup>47</sup> *Ibid*, 150.

<sup>48</sup> *Ibid*, 151.

<sup>49</sup> *Ibid*, 217.

<sup>50</sup> *Ibid*.

<sup>51</sup> *Ibid*, 218.

una escapatoria al encierro con la anuencia de los policías, contentos con la propina de “cigarros o algo de comer”. La venganza de un guardia fue el punto de partida de una requisita que terminó en una represión espantosa por “doscientos [hombres] armados con garrotes, gases paralizantes y cadenas, sueltos como perros rabiosos cruzando el patio a zancadas, hacia nosotros<sup>52</sup>”. El relato de la intervención de las Fuerzas Especiales puntualiza el horror, las violaciones colectivas con garrotes y el ensañamiento contra la reclusa pese a que ella misma se denunció por detentar la radio. La tortura es indecible; el visitante se queda mudo, horrorizado:

Quería levantarse e irse, quería cerrar los ojos y apretar los dientes para siempre, quería arrancarse las orejas para no tener que seguir oyendo<sup>53</sup>.

“El terrorista” –así llamado por antífrasis en ese momento– se humaniza; la mirada “fija y pétrea” que lo definía se aniega en lágrima viva. Durango concluye con un grito de desesperación:

–Usted me preguntó si yo creía en el Cielo. Creo en el infierno, señor fiscal. Vivo ahí. El infierno es no poder morir<sup>54</sup>.

Una elipsis nos aleja luego hasta el centro de Ayacucho. La procesión en memoria de Cristo en el monte de los olivos funciona como contrapunto a la confesión. Para el preso la cadena perpetua resulta peor que la muerte, justamente cuando la multitud de feligreses recuerda la súplica de Cristo de no morir. Chacaltana se ve sumergido por el escepticismo:

El fiscal se preguntó por qué nadie en el mundo puede escoger no morir o eventualmente morir, según el caso.

Los juegos de espejos, luces y sombras contrapuestas parecen multiplicarse indefinidamente en *Abril rojo*. Durante la noche de la procesión, después de la entrevista con el dirigente senderista, se descubre que Durango se ha evadido. Al poco tiempo aparece el cuerpo mutilado, crucificado tal y como Jesús. La visión dantesca recuerda los primeros actos de barbarie con que los miembros de Sendero Luminoso se dieron a conocer en el Perú<sup>55</sup>. Esta siniestra coronación es la culminación de la denuncia del horror. Las últimas palabras del reo suenan aún más trágicamente en la espiral indefinida del espanto. La razón de la sinrazón termina por estallar en las páginas finales como pálido remedo del mito de Incarri<sup>56</sup>:

Asesinos matando asesinos. Sicarios exterminándose entre ellos, una espiral de fuego que no pararía hasta que todos fuésemos uno solo, un solo gigante de sangre<sup>57</sup>.

En *Abril rojo* Santiago Roncagliolo ficcionaliza la guerra. Siguiendo los pasos de Mario Vargas Llosa, con el arma de la literatura, Roncagliolo hunde al lector en el horror de un conflicto que ha degenerado de modo indescriptible. Sin embargo, a diferencia de *Lituma en los Andes*, al final de *Abril rojo*, los bárbaros no son los campesinos ni los incultos. La responsabilidad de las matanzas incumbe al otro lado, a aquéllos a los que ampara la legalidad.

### ***La cuarta espada* (2007)**

Tal representación de los últimos estertores de la guerra infame explica probablemente el increíble destino de *Abril rojo*, contado por Roncagliolo en *La cuarta espada* publicado a finales de 2007<sup>58</sup>.

En *La cuarta espada* se invierten las pautas. El libro se presenta como un ensayo histórico, dirigido hacia un público más bien extranjero, desinformado sobre la realidad peruana de los últimos decenios. Tiene como subtítulo “La historia de Abimael Guzmán y Sendero Luminoso”. Dedicado a las 69280 víctimas mortales de esa guerra sucia, *La cuarta espada* lleva en epígrafe una cita del Nobel sudafricano John Maxwell Coetzee:

El revolucionario es un hombre condenado. No se interesa por nada, no tiene sentimientos, no tiene lazos que lo unan a nada, ni siquiera tiene nombre. [...] Todos los días está dispuesto a morir.

Roncagliolo parece invitarnos a recorrer el camino inverso al de *Abril rojo*. El punto de partida es el proyecto de un reportaje a Abimael Guzmán, quien llegó a definirse como la 4ª espada del marxismo, en tanto que último heredero de Marx, Lenin y Mao, digno del mismo culto a la personalidad. Muy

<sup>52</sup> *Ibid*, 221.

<sup>53</sup> *Ibid*, 221.

<sup>54</sup> *Ibid*.

<sup>55</sup> El 26 de diciembre de 1980 aparecieron en las calles de Lima perros muertos colgados de los postes del alumbrado público con un cartel que rezaba : Deng Xiao Ping, hijo de perra.

<sup>56</sup> El mito de incarri prevé la resurrección del inca y el inicio de un orden nuevo, el día que las partes del cuerpo de Túpac Amaru, descuartizadas y enterradas en distintos lugares del Perú, lleguen a reunirse bajo tierra.

<sup>57</sup> *Ibid*, 315.

<sup>58</sup> *La cuarta espada*, Barcelona, Debate, 2007.

pronto el narrador periodista se da cuenta de que no podrá realizar la anhelada entrevista, dado el escándalo que se armaría en torno al enemigo número 1 del Perú, internado en la Base Naval del Callao<sup>59</sup>. Los primeros renglones del libro enfatizan la incomunicación absoluta que se le ha impuesto al líder senderista:

La cárcel que encierra a Abimael Guzmán fue construida especialmente para él, y es la más segura del mundo. Para fugarse, Guzmán tendría que atravesar paredes de cuarenta centímetros de espesor hechas de concreto armado resistente a explosivos. Después se enfrentaría a siete puertas metálicas custodiadas y a un muro de ocho metros rematado por alambre de púas y vigilado desde varias torres<sup>60</sup>.

Si bien Roncagliolo no llegará hasta Guzmán, se entrevistará con todos aquellos que lo conocieron, sus familiares que huyeron de él, los policías que lo detuvieron, algunos cuadros de Sendero Luminoso entre los más conocidos, y las “masas”, según la terminología despectiva que designaba a los militantes de base. Los testimonios de los reclusos están presentados en hábil gradación, con alternancia de diálogos, relatos retrospectivos y notas biográficas. Previsto como un simple reportaje propuesto a *El País*, la investigación ha llegado a configurar un libro construido en tres partes. Tenemos primero “La escala del terror” que refiere los años de formación del líder senderista y la eclosión de Sendero Luminoso. La segunda parte se titula “La guerra” y remata en la captura de Abimael Guzmán. La última parte es “La cárcel” y lleva al lector por distintos penales de Lima. El último capítulo está definido como “epílogo”, palabra con connotación literaria más bien que periodística. De hecho, ese epílogo tiene un título enigmático “La abeja reina”, y encadena una sucesión de increíbles encuentros.

Pero, antes de esta culminación, el escritor ha expuesto su método de investigación, enfrentado continuamente a versiones contradictorias de los mismos sucesos:

Es muy difícil alcanzar la verdad en este tema. Sólo hay posiciones, versiones. [...] ¿A quién debo creer? Y si no creo a nadie, ¿qué puedo llegar a saber? Metodológicamente, decido creer a todas las partes. Pero eso no resuelve las disyuntivas. Uno toma posición desde el vocabulario que escoge. [...] Lo que unos llaman terrorismo otros lo llaman guerra. No existe un lenguaje neutral, esterilizado, que prescindiera de una posición. No hay un código cero, sin opinión, sin matices personales<sup>61</sup>.

La modestia o el pudor – título de una novela de Roncagliolo – son las pautas que rigen la redacción de *La cuarta espada*, el reconocimiento de los límites de la investigación y la aceptación de una ineludible subjetividad en toda actividad intelectual.

El personalismo del reportaje, que hace de Roncagliolo a la vez un sujeto activo y un testigo que rememora su adolescencia y primeros años de adultez, no contradice la impresión de pudor, sino que facilita la identificación del lector con el narrador que se pone en escena cuestionando a gente de su entorno. Roncagliolo recurre a las estrategias narrativas de la escritura periodística para plasmar la realidad. Frases breves, con léxico sencillo y predominio de verbos de acción. El presente de indicativo actualiza a menudo el relato; la forma dialogada hace más auténtico el intercambio de información. El texto escrito aparenta un reportaje televisivo en directo:

Ahora bien, el interior del penal no es fácil de controlar. Sus doce pabellones están organizados en torno a lo que debía haber sido un panóptico central [...] Pronto reinó la confusión y la multiplicidad de mandos no ayudó a serenar las acciones. –¿Qué encontró usted al llegar a la cárcel? – Los terroristas tenían bombas caseras y un fusil G3 que le habían quitado a un policía<sup>62</sup>.

Roncagliolo refiere aquí las circunstancias de la detención de un alto dirigente, único superviviente de la cúpula senderista masacrada en el penal. El fiscal Chacaltana de *Abril rojo* se ve sustituido ahora por un testigo de excepción: Edilbrando Vásquez, quien arrestó a Osmán Morote, uno de los ideólogos de Sendero Luminoso, después de debelado el motín de Canto Grande. Con brevísimas preguntas (“¿Y entonces?” “¿Disparó Usted?”), reactiva el diálogo con el héroe de un día, el policía que pudo matar a Morote.

La noticia es sensacional pero el escritor no transgrede los límites del sensacionalismo. Se baraja la hipótesis de un complot del que hubieran sido víctimas el dirigente y el policía a quien otro uniformado alcanza un arma militar:

Me negué a disparar. Minutos después, me rodearon mis propios compañeros de la DINOES, para matarme. Pero nadie lo hizo. No íbamos a matarnos entre nosotros. Entregamos a Morote a la enfermería. –En otras

<sup>59</sup> En 2008 también están internados en la Base Naval el ex-presidente Alberto Fujimori y su asesor, Vladimiro Montesinos.

<sup>60</sup> Roncagliolo, Santiago, *La cuarta espada*, ed. cit., 15.

<sup>61</sup> *Ibid.*, 214.

<sup>62</sup> *Ibid.*, 158.

circunstancias, ¿lo habría matado? –No soy un santo, y no me habría importado. [...] Salvé a Morote simplemente porque no quería ir a la cárcel<sup>63</sup>.

La culminación de ese relato se aparenta a la continuación de otro escrito, como la segunda cara del dístico pintado primero por José Luis Rénique quien reportó el testimonio de Morote desde la cárcel de Yanamayo en *La Voluntad encarcelada*.

A Roncagliolo se le presenta otra oportunidad: conocer los detalles de la vida cotidiana de las reclusas del penal de Chorrillos más de doce años después del arresto de la cúpula de Sendero Luminoso. En el capítulo titulado “La luminosa trinchera” describe primero la cárcel, desde afuera, idéntica a todas las demás, con los muros altísimos “decorados con alambre de púas<sup>64</sup>”. Luego viene el cacheo riguroso y la evocación del interior del penal, más hospitalario que antes con “pequeños jardincitos y [...] un quiosco en el que las visitas pueden comprar unas galletas o una bebida para sus internas<sup>65</sup>”. El clima ha cambiado; ha desaparecido la añeja marcialidad y asoman los dramas individuales de vidas rotas como esa interna que lleva diecinueve años en la cárcel con una hija de veinte afuera. La dialogización refuerza el patetismo de la confesión. El periodista se hace informador al que acorralan con preguntas esas mujeres que sobreviven en otro siglo, fuera del segundo milenio, ignorándolo todo sobre Al Qaeda y Bin Laden, encerradas algunas desde antes de la caída del muro de Berlín. Ellas mismas se identifican con las presas republicanas pintadas por la española Dulce Chacón en *La voz dormida*.

El arte, la literatura, la pintura o la fabricación de artesanías son los campos en que se liberan de forma simbólica. Por ese medio comunican su sentir y dialogan con el mundo exterior:

Finalmente, visitamos un comedor. Hay una exposición de sus últimos trabajos plásticos. Los cuadros tienen temas recurrentes: las luchas sociales, manifestaciones y marchas sindicales; y la distancia de sus familias: abrazos, despedidas, separaciones [...]. En el fondo del salón hay cuadros más densos y elaborados. Dibujan figuras sombrías, humanas pero etéreas, de colores pesados e intensos. [...] Son las acuarelas de Elena Iparraguirre, camarada Miriam<sup>66</sup>.

Se cierne la presencia invisible de la compañera de Abimael Guzmán. Ésta va a hacerse cada vez más sensible y terminará por captar la atención, conforme avanza la lectura de *La cuarta espada*. Las demás reclusas, las otras dirigentes son figuras de sustitución, como dobles de Elena Iparraguirre cuyos poemas, entre sociales e intimistas, cita Roncagliolo.

La escritura es un paliativo; Abimael Guzmán se dedica a escribir la historia de Sendero Luminoso. Otro dirigente, “el camarada Feliciano ha escrito unas memorias<sup>67</sup>”; “el hermanastro de Guzmán dice que Abimael ha escrito un libro sobre la globalización<sup>68</sup>”. Elena Iparraguirre referirá que escribe una novela autobiográfica. Cada cual necesita dar su versión de la historia, justificar la vida que escogió.

El reto que representa el proyecto de documental de Roncagliolo se concreta en la figura de Elena, la camarada Myriam, unánimemente odiada por la responsabilidad – además plenamente asumida – de la catástrofe histórica de Sendero Luminoso. No obstante, como todo ser de excepción inasequible, Iparraguirre resulta fascinante. Roncagliolo analiza la mutación que opera en él y se traslada a la escritura:

Me parecía estar persiguiendo un grupo de psicópatas, de fanáticos sanguinarios. Sin embargo, cuando hablas con alguien, inevitablemente le atribuyes humanidad. [...] Algo en tus defensas morales se viene abajo cuando te ves obligado a reconocer que el monstruo habla tu idioma, tiene amigos; en suma, no es tan distinto de ti<sup>69</sup>.

La reflexión sirve de enlace; permite crear un efecto de suspense en torno a Iparraguirre y enfocar a su pareja, Abimael Guzmán. El capítulo “Luchar por un acuerdo de paz” recuerda las circunstancias de la “captura” del líder, palabra usada por la prensa en setiembre de 1992 en lugar de “detención”, como si se tratara de una fiera salida de la selva. La presentación pública de los líderes causó el mayor revuelo en la opinión pública. Con actitud vengativa e infantil, para poner fin al trauma nacional, las autoridades quisieron dar cuerpo y forma al modismo “entre rejas”:

Guzmán fue exhibido con el traje a rayas de los presos de caricatura y encerrado en una jaula. [...] Desde que se abrió el telón que cubría la jaula, empezaron a provocarlo con pifias y silbidos. – ¡Asesino! ¿Te gusta tu uniforme? Guzmán

<sup>63</sup> *Ibid.*, 159-160.

<sup>64</sup> *Ibid.*, 171.

<sup>65</sup> *Ibid.*, 172.

<sup>66</sup> *Ibid.*, 180.

<sup>67</sup> *Ibid.*, 222.

<sup>68</sup> *Ibid.*, 222.

<sup>69</sup> *Ibid.*, 187.



escuchaba con las manos en la espalda, sobrevolado por helicópteros. Afuera, el edificio estaba rodeado de tanquetas y carros de combate<sup>70</sup>.

La actitud del preso fue a la medida de la vergüenza sufrida. Dañó la imagen de fuerza que el Estado se había querido dar: como un general derrotado, el líder de Sendero aprovechó la oportunidad para arengar en vivo y en directo a todo el Perú. Hacia el exterior se desprestigió el Perú sólo capaz de acallar al Presidente Gonzalo corriendo la cortina de la jaula de gruesos barrotes de fierro.

Después de recordar ese acontecimiento, Roncagliolo sintetiza las entrevistas con un policía y el abogado de Abimael Guzmán sobre la etapa del encierro. Éste iba a ser fusilado sin juicio pero “el Consejo de Ministros se negó a firmar la orden”. El criminal integró otra cárcel con todas las precauciones imaginables:

Lo encerraron en una celda muy pequeña de la que no salía en todo el día. Dos mil soldados provistos de armas automáticas, junto con un submarino, custodiaban la isla, y para llegar a la celda había que abrir veinte candados, cada uno en manos de un oficial distinto<sup>71</sup>.

Como buen novelista, Roncagliolo agrega esa nota tragicómica:

En el desayuno, almuerzo y cena, entraban los agentes a interrogarlo. El reo se aburría tanto que los recibía ansioso de hablar<sup>72</sup>.

Primero se celebró un juicio con un tribunal sin rostro que pronunció una pena a cadena perpetua. Luego, en 2004, después del informe de la CVR, tuvo lugar un segundo proceso conforme a los derechos humanos. Los senderistas reafirmaron a grito pelado su combate político desafiando a la prensa y al país entero. El horror vivido diez años atrás pareció resurgir en las pantallas de televisión, se atemorizó la población. Como castigo, la pareja de líderes fue separada en sendas cárceles.

El epílogo de *La cuarta espada* se ubica después de una elipsis de un año. Santiago Roncagliolo vuelve al Perú aureolado con el premio Alfaguara y participa en una campaña de promoción de *Abril rojo*. Entre el público que acude a la Feria del Libro, se presenta un agente pastoral. Éste le propone dar una charla en la cárcel de mujeres donde organiza actividades culturales. El narrador destaca la iniciativa de su admirador como una paradoja: hablar de una novela sobre el terrorismo a “presas por terrorismo”. La realidad se parece entonces a la ficción, a no ser que Roncagliolo ficcionalice la realidad. En todo caso, el efecto de sorpresa es total; impacta al lector que cree ver el final del túnel. Participa del entusiasmo del escritor listo para entrevistar a los dirigentes senderistas, después de haber renunciado a tales visitas por los obstáculos administrativos. Como por arte de magia, entra en los penales de máxima seguridad para “contrast[ar] y complet[ar] el grueso de [su] libro”. Observa:

Las prisiones son buenos lugares para conocer un país, porque guardan todo lo que una sociedad no quiere ver de sí misma<sup>73</sup>.

El humorismo del escritor contrasta con la seriedad inquebrantable de las presas, “el sentido casi monacal de la existencia<sup>74</sup>”. Apunta las diferencias generacionales y sociales, la desconfianza matizada por la curiosidad y la opción de comunicar con el mundo de fuera, pese lo que pese. Además, la fama lo cambia todo y permite lo imposible. La investigación de Roncagliolo culmina con una feliz coincidencia. De milagro conoce a la dirigente más temida de Sendero Luminoso, Elena Iparraguirre. El escritor hábilmente teatraliza el encuentro. Describe a una desconocida que espera tranquila su charla. Por el atuendo sobrio de “señora”, la confunde con una funcionaria de la cárcel.

Las primeras palabras, tal como las transcribe, son extraordinarias:

–El señor Guzmán ha leído su novela. –¿En serio? ¿A usted le permiten verlo? –Sólo en las sesiones del juicio. En una de ellas me pidió su novela, y yo se la hice llegar<sup>75</sup>.

Roncagliolo se queda atónito en esa escena en la que de repente está catapultado al *status* de personaje de novela. La autoirrisión con que se rebaja le granjea todas las simpatías:

No supe qué responder. Como es habitual en esos casos, dije lo más estúpido que me vino a la mente: –Espero que le haya gustado<sup>76</sup>.

---

<sup>70</sup> *Ibid.*, 192.

<sup>71</sup> *Ibid.*, 193.

<sup>72</sup> *Ibid.*

<sup>73</sup> *Ibid.*, 226.

<sup>74</sup> *Ibid.*

<sup>75</sup> *Ibid.*, 230.

<sup>76</sup> *Ibid.*

La sencillez de las palabras confiere verosimilitud al encuentro. La conversación gira en torno a la literatura y la reclusa revela tener un buen conocimiento de la novela francesa. Le confiesa al autor exitoso que ella también escribe una novela.

En el espacio deshumanizador de la cárcel funciona plenamente la empatía; el deseo de diálogo borra las fronteras. Roncagliolo cuenta cómo las presas han ido cambiando conforme pasan los años, cómo han dejado la vestimenta unisex para recuperar una identidad, cuidar su apariencia personal y recobrar el sentido del humor. Sin embargo, el sentido de la jerarquía sigue intacto. Como al final del recreo, igual a un profesor, el agente pastoral ordena:

A ver, señoritas, el señor se va a quedar con las señoras dirigentes, pero necesitan estar solos, por favor<sup>77</sup>.

Salen las “masas”, Roncagliolo apunta con humorismo:

Un instante después, casi antes de que me diese cuenta, todas habían desaparecido. Supongo que eso es lo que se llama disciplina<sup>78</sup>.

Las últimas páginas de *La cuarta espada* están dedicadas a la entrevista con las tres cabecillas de Sendero Luminoso. Elena Iparraguirre recuerda toda su vida desde el abandono de sus hijos para “dedicarse a la revolución<sup>79</sup>”, la institución del Pensamiento Gonzalo en tanto que versión peruana y urbana del maoísmo. También se desnuda moralmente reconociendo cómo la admiración hacia el líder se convirtió en amor. La reclusa conserva sin embargo algún indefinible misterio. Explica por qué Abimael Guzmán tiene fama de no llorar nunca, por lo que permanece encima de todos. Ella misma infunde miedo al pronunciar una frase de despedida ambigua: “Me he abierto por el respeto que me inspiran su persona, su trabajo y su familia<sup>80</sup>.” Lo cual suena como eco del adagio senderista: “El partido tiene mil ojos y mil oídos.” *La cuarta espada* acaba con una moraleja. Al fin y al cabo, el escritor expresa el desengaño hacia un país en que el tiempo pasa pero todo sigue igual. Parece que no tiene sentido esperar un cambio:

Aquí, al nivel del suelo, los personajes cambiamos de ropa y de escenario. Mientras tanto, allá arriba, el cielo limeño sigue siendo igual de gris<sup>81</sup>.

\*\*\*

El ensayo de Santiago Roncagliolo ha suscitado reacciones encontradas en el Perú, algunas contrarias difundidas sobre todo por la web, otras a favor en los medios culturales oficiales como el canal de televisión del Estado y en el semanal más leído del Perú, *Caretas*. Como bien lo señala Roncagliolo desde el principio, *La cuarta espada* no ha cumplido con su proyecto inicial, ya que él no llegó a entrevistar al fundador de Sendero Luminoso. Pero sí es un documento muy valioso para quien se adentra en la realidad del Perú contemporáneo y estaría tentado de ver en los senderistas simples víctimas de un poder político represor.

A la manera de Eduardo Galeano, Roncagliolo ha escrito una obra de divulgación. Se opone a la mitificación de Sendero Luminoso que cunde con el paso de los años y más aún entre los jóvenes atraídos por los mitos de rebeldes. Contra una prensa sensacionalista, Roncagliolo aboga por la reintegración de aquellos presos en la sociedad del siglo XXI, sin que eso signifique el perdón.

A mayor escala, la Comisión de la Verdad y Reconciliación les ha dado la palabra a las víctimas entre dos fuegos, ninguneadas hasta entonces por el desconocimiento de su idioma y cultura. También se ha visto la falta de medios de las cárceles administradas por el Estado peruano y cómo se convirtieron en “luminosas trincheras de combate” regentadas por los propios reclusos.

Pero falta mucho que reportar, tanto los malos tratos inferidos a los detenidos<sup>82</sup>, como, del otro lado, los secuestros que sirvieron para acumular un botín y comprar armamento de guerra, o sea la táctica

---

<sup>77</sup> *Ibid.*, 232.

<sup>78</sup> *Ibid.*

<sup>79</sup> *Ibid.*, 235.

<sup>80</sup> *Ibid.*, 244.

<sup>81</sup> *Ibid.*, 245.

<sup>82</sup> “La golpiza, el ahogamiento, colgar [*sic*] al interrogado de ganchos al techo, aplicarle descargas eléctricas, producirle quemaduras, heridas o mutilaciones, tras lo cual sobrevenía la muerte por estar ya desfigurado o porque había visto a sus captores e interrogadores. Se lo mataba y sus restos se hacían desaparecer o se hacían irreconocible para que los familiares de la víctima no los denunciaran o para que su cuerpo no se convirtiera en

militar del MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru) inspirada en el modelo de las FARC<sup>83</sup> y cuya última acción fue la toma de rehenes en la residencia del embajador de Japón en 1996<sup>84</sup>.

Lo que no se sabía en absoluto y fue revelado al gran público a partir de las audiencias de la Comisión de la Verdad y Reconciliación y la exposición de fotos *Yuyanapaq- Para recordar*, es el cautiverio al aire libre, las “retiradas”, a las que fueron sometidas comunidades enteras de la selva y de la sierra, desalojadas de sus tierras ancestrales, con sus miembros desplazados, hombres, mujeres, ancianos y niños, convertidos en siervos de los tiempos modernos, mitimaes de forasteros revolucionarios. Los relatos ahora difundidos para el mundo entero son estremecedores:

Sólo hemos podido sobrevivir unos cuantos nada más y retornamos a nuestro pueblo a pesar de estar buscados, perseguidos y después tuvimos que huir a las ciudades y conforme van pasando los años, sólo pudimos volver a nuestro pueblo sólo pocas personas. En estas caminatas que realizábamos, muchos de nosotros murieron por hambre, disparados con bala a que muchos de nosotros nos llegaba en la cabeza, en la mano, en el cuerpo, etcétera. Algunos en la fuga se rompían los pies y de otros modos diferentes más, pues, fallecieron y otros a causa de ellos quedamos sin brazo, sin manos, perforados por la bala pues no estuvimos ilesos, sino dañados, desnutridos<sup>85</sup>.

Y sigue así indefinido el testimonio, como una pesadilla que el tiempo no llegará a borrar.

\*\*\*

## BIBLIOGRAFÍA

### Artículos y cuentos

- Castro Arrasco, Dante, “Angel de la isla”, <http://www.angelfire.com/dc/combate/Isla.html>
- Cox, Mark, “Creando y desenmascarando imágenes sobre Sendero Luminoso”, Miami, Presbyterian College, Second Biennial Conference on Iberian/Iberian-American Literatures, Florida International University, octubre de 1999, <http://web.presby.edu/lasaperu/markcox2.htm>.
- Gutiérrez, Miguel, “Narrativa de la guerra”, *Libros y Artes*, n° 16-17, Lima, noviembre de 2006, pp. 16-20, <http://zonadenoticias.blogspot.com/2006/12/narrativa-de-la-guerra-1980-2006.html>
- Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*, [www.cverdad.org.pe/ifinal/index.php](http://www.cverdad.org.pe/ifinal/index.php) tomo 5, 2.22. Sección completa dedicada a las cárceles; tomo 7, 2.2. Ejecuciones extrajudiciales en el hospital de Ayacucho ; 2.7. Ejecuciones extrajudiciales en Soccus (1983)
- Montoya, Rodrigo, “Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación : un doloroso espejo del Perú”, 23 p. <http://cholonautas.edu.pe/memoria/lasamontoya.pdf>
- Lima, Paolo de, “El encuentro de narradores peruanos en Madrid”, *Omnibus*, Madrid, 2005, <http://www.omni-bus.com/congreso/debate/indicedebate.html>
- Peláez, Vicky, “Morir en Canto Grande”, *Almacén*, <http://www.librodenotas.com/almacen/Archivos/001477.html>
- Quiroz Torres, Mauricio, “La violencia política en la crítica literaria peruana”, 6 de enero de 2007, <http://www.eldiariointernacional.com/spip.php?article882>
- Rénique, José Luis, “La voluntad encarcelada. Las luminosas trincheras de combate de Sendero Luminoso en el Perú”, presentado en LASA, 2003, Dallas, 52 p. , <http://www.uoregon.edu/~caguirre/renique.pdf>
- Rénique, José Luis, “Estado de miedo : la verdad en la pantalla”, [www.ncsu.edu/project/acontracorriente](http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente), vol. 3, n°3, 2006, 77-85

---

prueba acusadora de las torturas que se le había infligido”, en *Hatun willakuy* [Gran relato], Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, 283.

<sup>83</sup> Un preso, ex mando del MRTA, refirió a la CVR: “Se pensó en un principio secuestros grandes, importantes, o sea un par [...] Se agarra a los dos, a las cabezas de los grupos económicos más importantes y puedes parar la olla. Se tuvo que armar todo un equipo especializado en eso, eso demoró más de un año. En *Hatun willakuy...*, 192.

<sup>84</sup> El cautiverio de 72 rehenes duró unos cuatro meses hasta que el asalto fue dado por las fuerzas especiales y fueron matados los miembros del MRTA.

<sup>85</sup> Entrevista de un grupo de mujeres de Oronqoy, Chungui. En *Hatun willakuy* ..., 118-120.

**Libros**

Colchado Lucio, Oscar, *Rosa Cuchillo*, Lima, Universidad Nacional Federico Villareal, 1997

Huarag, Eduardo, *La barca*, Lima, San Marcos, 2007.

*Hatun willakuy: versión abreviada del Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación.*

Perú, Lima, Comisión de Entrega de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, 2004.

Pérez Guadalupe, José Luis, *La construcción social de la realidad carcelaria*, Lima, PUCP, 2000.

Rénique, José Luis, *La voluntad encarcelada*, Lima, IEP, 2003.

Roncagliolo, Santiago, *Abril rojo*, Madrid, Alfaguara, 2006.

Roncagliolo, Santiago, *La cuarta espada*, Barcelona, Debate, 2007.